

ACTUALIDAD DE LA TEORÍA CRÍTICA

JORDI MAISO

jordimaiso@hotmail.com

La Teoría Crítica no puede entenderse como un compendio de propuestas teóricas dadas de una vez por todas, sino como un análisis del proceso histórico que debe constituirse desde un presente concreto, repensando y reelaborando las contribuciones realizadas en esta tradición. Su cometido hoy sería por tanto recibir esta gran “herencia teórica” y actualizar sus herramientas de análisis desde la experiencia de unas circunstancias transformadas: porque la Teoría Crítica, o bien es respuesta a la actualidad, o no es nada. Su objetivo es comprender la dinámica de los procesos sociales, pero el motor de esta comprensión es el impulso de *intervenir* en ellos, de intentar responder a la injusticia y al sufrimiento socialmente producido que persisten y siguen pesando sobre los sujetos. En consecuencia su punto de partida epistemológico siguen siendo los costes y mutilaciones del proceso de reproducción social sobre los individuos vivientes. Por ello su prioridad es potenciar elementos subjetivos de experiencia, y por tanto de resistencia, frente a la tendencia hacia una privatización total de la vida y a la imposición de un nuevo conformismo basado en la indiferencia –también en el medio intelectual–.

Pero esta tarea no es fácil. Uno de los principales logros de la Teoría Crítica “clásica” es precisamente la reflexión sobre las condiciones de “transmisión” de contenidos teóricos en una sociedad sometida a procesos de transformación acelerados, que afectan decisivamente a las condiciones de producción de la teoría, a su capacidad de incidencia en un destinatario real, y por supuesto a la posibilidad y el alcance de la experiencia. Frente al intento de reducir la actividad teórica a términos meramente operativos, a operaciones de desvelamiento de discursos hegemónicos o al simple establecimiento de consensos, la Teoría Crítica se aferra a un concepto enfático de verdad, de conocimiento y de experiencia que, sin embargo, sabe en trance de desaparición. Y es que hoy la continuidad de esta tradición teórica se ve amenazada por la confirmación de sus propios análisis y diagnósticos en las actuales sociedades “del conocimiento” y

“de la información”. En el contexto de la reforma universitaria europea, de la creciente degradación de las condiciones laborales o del debilitamiento de la subjetividad, su ambicioso programa de trabajo parece no disponer ya de un lugar desde el que articularse. Y, al mismo tiempo, el principal problema a la hora de desarrollar sus planteamientos no es tanto la tendencia a su erradicación como las falsas propuestas de continuación que tienden a neutralizar y silenciar sus contribuciones específicas.

En este sentido, hoy resulta prioritario contrarrestar una “invención de la tradición” (D. Claussen) de la Teoría Crítica que ha tenido consecuencias nefastas para la comprensión y continuación de este programa teórico. Y es que el “relevo generacional” en términos de acción comunicativa no busca ninguna continuidad con el programa teórico de sus antecesores, sino que lo declara de antemano envejecido y no vinculante: de ahí la supuesta necesidad de un “cambio de paradigma” que la “supere”. La consecuencia es un modo de “heredar” la Teoría Crítica en la que sólo pervive de ésta el nombre, la etiqueta. En efecto, gracias a Habermas, esta “tradición teórica” ha podido gozar de una gran resonancia académica a nivel internacional, pero al precio del abandono de sus objetivos y de sus métodos. Esta exitosa “invención de la tradición” ha acabado por obstaculizar todo intento de enlazar con las tareas fundamentales de la Teoría Crítica, que permanecen irresueltas, y ha eclipsado también otras tentativas de continuación –a mi juicio– mucho más fructíferas e interesantes. Frente a ello sigue valiendo la vieja máxima de *Dialéctica de la Ilustración*: “No se trata de conservar el pasado, sino de cumplir sus pretéritas esperanzas”.

Uno de los factores fundamentales de la actualidad de la Teoría Crítica es que ofrece una perspectiva privilegiada para la crítica inmanente de las sociedades modernas y su evolución, que hoy difícilmente podría ya llevarse a cabo: nos encontramos en un estadio avanzado del proceso de “revolución permanente” iniciado por el capitalismo burgués-liberal, que fue disolviendo todas las relaciones y realidades preexistentes hasta socavar su propio fundamento. Desde hace décadas asistimos a una integración de todas las esferas de la vida bajo lo que Adorno llamó la “tendencia hacia la socialización total”, que implica la fragmentación y desintegración de las formas tradicionales de vida y cohesión social, llevando al resurgimiento de formas de identidad colectiva pre-políticas e ideológicamente peligrosas. Los procesos de incrustación de las esferas de producción, distribución, consumo y producción de la conciencia que diagnosticaran

los teóricos críticos han seguido su curso, y en sus trabajos pioneros se encuentran impulsos y análisis que exigen ser continuados. Porque la Teoría Crítica es el intento de comprender los procesos de transformación que han conducido al presente actual y que se encuentran sedimentados en él; en estos autores se abre un frente de resistencia contra la aniquilación de la conciencia histórica, puesto que sus obras están atravesadas por la experiencia de la aniquilación de la experiencia. Por ello, frente a la amenaza de un presente reducido a mero “ahora” abstracto, unidimensional e inconexo, la Teoría Crítica se enfrenta a la tarea de pensar la historia como unidad de continuidad y discontinuidad, tal y como señala Adorno en *Dialéctica negativa*. En este sentido, pese a que los planteamientos de Adorno, Horkheimer, Marcuse o Benjamin estén indisolublemente vinculados a un núcleo de experiencia específico que ya no es el nuestro, ésto no significa que sus análisis ya no tengan relevancia para nosotros, sino que tienen que ser leídos desde la conciencia de la distancia histórica que nos separa de ellos. Se trata de acercarse a sus textos sabiendo descubrir lo nuevo en lo viejo y lo viejo en lo nuevo, porque sin recuerdo y reflexión sobre el pasado no es posible desarrollar una subjetividad teórica fuerte.

Por otra parte, si bien el “núcleo histórico de la verdad” de los teóricos críticos “clásicos” puede parecer lejano desde un análisis superficial de las instituciones de la democracia parlamentaria, algunos acontecimientos de los últimos años ratifican su actualidad política. El arresto del sociólogo alemán Andrej Holm en 2007, acusado de terrorismo en unas condiciones que deberían haber disparado todas las alarmas de la comunidad política y académica internacional, la inquietante transformación de la sociedad italiana en las últimas dos décadas¹, los procesos de etnificación de la política, que alcanzaron una brutalidad escalofriante en la descomposición de Yugoslavia, la escalada permanente de los conflictos en Oriente Próximo (Israel e Irán son ejemplos paradigmáticos de una emancipación malograda) o la fragilidad social y política de la sociedad española (inseparable del empobrecimiento material y cultural de su población)

¹ Estos procesos no pueden reducirse, como pretende la conciencia política media, a los “escándalos” de Berlusconi, sino que remiten a las contradicciones de los procesos de “modernización” socio-económica en la transición hacia sociedades de consumo. En el caso italiano estos cambios en la constitución y la autocomprensión del tejido social se manifiestan por ejemplo en la revocación de una identidad política y cultural basada en la resistencia antifascista, en el

desmontaje de una cultura teórica y artística de alto nivel, en el establecimiento de formas de identidad basadas en el culto a la productividad, el éxito y la xenofobia asociadas a la *Lega Nord*, en los choques entre diferentes velocidades de modernización, estructuras mafiosas y la relación de interdependencia y compensación entre norte y sur, que ha conducido a una gran desorientación y a una degradación de la vida pública sin precedentes.

revelan una inusitada actualidad de los análisis de la Teoría Crítica. Con Benjamin, podríamos decir que quien se sorprenda de que algo así todavía sea posible en pleno siglo XXI revela simplemente la necesidad de cambiar su concepción de la historia. El peligro real de un vuelco de signo autoritario no forma parte de un pasado cerrado de una vez por todas, y tampoco nos encontramos en un nivel superior en el curso irreversible de la historia. Por ello la conciencia del significado de los “límites de la Ilustración” que atraviesa la Teoría Crítica “clásica” resulta más adecuada al momento presente que la mera adhesión (o retorno) al “proyecto inacabado de la modernidad” o la proclamación vacía de la necesidad de “confianza en occidente” –sea lo que sea lo que se quiere decir con ello hoy día–.

En este sentido la reflexión de la Teoría Crítica sobre la fallida constitución del yo como clave de la quiebra de la civilización ofrece claves irrenunciables para comprender la actualidad. Porque persiste una cierta predisposición subjetiva (socialmente producida) hacia conductas autoritarias, hacia lo que los teóricos críticos llamaron “falsa proyección”, así como hacia la adaptación al poder a cualquier precio y a la reproducción sádica del mismo, perfectamente compatible con un “sano sentido común” basado en el pragmatismo y con los procesos de privatización y despolitización acontecidos en las últimas décadas. En Adorno puede encontrarse ya la advertencia del peligro de un proceso social de desideologización que constituye la figura actual de la ideología. El supuesto pluralismo y la tolerancia de múltiples formas de vida, pese a que tiene sin duda un momento positivo, es un epifenómeno de la potenciación exponencial del consumo –que favorece los mecanismos de producción de identidad e identificación a gran escala en sociedades postradicionales con sujetos debilitados–. El principal peligro es precisamente la pérdida de un concepto enfático de verdad, sustituido por una especie de “sociología del interés corporativo” que, como señalara Adorno en “Crítica cultural y sociedad”, ya no aspira a criticar las ideologías, sino a controlar y vigilar su modo de aplicación.

Frente a estas tendencias, creo que la aportación más imprescindible de la Teoría Crítica es su intento de fortalecer la subjetividad y la experiencia. El impulso fundamental de un pensamiento consciente de lo que significa el “después de Auschwitz” es que los sujetos sean sujetos, y no meros objetos, de los procesos sociales. Y es que para los teóricos críticos la prioridad no era dar con unas “bases normativas sólidas”, sino

intentar ofrecer respuestas a una intolerable perpetuación de la injusticia. Para ellos la posibilidad de la crítica se fundamenta en algo sumamente frágil: la constatación de que los sujetos vivientes son el límite de la cosificación, de que el proceso de socialización en los sujetos, y con él el triunfo absoluto de la identidad, no puede ser total. El proceso de individuación sigue poniendo de manifiesto las contradicciones del principio social que lo pone en movimiento, porque en todo individuo hay un impulso hacia la satisfacción y, en último término, a la felicidad. De ahí el “giro al sujeto” proclamado por Adorno en sus escritos tardíos y la propia praxis de transmisión y comunicación con los estudiantes de los teóricos críticos: se trataba de fortalecer las disposiciones subjetivas y de dar lugar a un yo fuerte, capaz de sustraerse a las formas socialmente dominantes de comportamiento. Porque la necesidad de identidad no puede satisfacerse con criterios de políticas de consumo o pertenencia a un grupo, como pretenden ciertas corrientes de estilos de vida “alternativos”, de los *cultural studies* o de las políticas de identidad; en la satisfacción del impulso de identificación con un grupo se esconde un elemento de disolución que hoy es ante todo regresivo y que debe ser desenmascarado como falsa promesa de felicidad.

Finalmente, en un momento en que los medios audiovisuales se han convertido en “segunda realidad”, en que nuestra relación con el mundo y nuestra propia constitución libidinal está filtrada por ellos, este “giro al sujeto” y el intento de fortalecer la experiencia se convierte en prioridad absoluta. Dada la tendencia a la disolución de la temporalidad y de la conciencia histórica, a la desrealización de lo real marcada por la desconexión de la información y la creciente dificultad para pensar las cosas en sus constelaciones objetivas, los sujetos vivientes se ven confrontados con una objetividad que les sobrepasa y apenas pueden aspirar a comprender. Frente a ello, la Teoría Crítica debe intentar desarrollar y fortalecer los potenciales subjetivos para responder a las nuevas exigencias del presente y que no se disuelvan por completo en un maremágnum de estímulos. En los textos de Adorno, Benjamin, Marcuse o Löwenthal pueden encontrarse materiales e impulsos irrenunciables en este sentido, que no deberían

quedar asfixiados en estériles contraposiciones y maniqueísmos que han predominado en ciertas corrientes de recepción.